

poco definida y, sin embargo, con algunos caracteres constantes: austeridad y laboriosidad, una arquitectura propia, aparentemente muy simple, pero muy bella –al menos así me lo parece– y un ancho horizonte de posibilidades.

Varios siglos de política borbónica centralista, termina por transformar a La Mancha en una colonia de Madrid y en una bodega de caldos base para elaborar vinos de marca españoles y franceses.

Y sin ninguna previsión, y menos aún preparación, nos encontramos, sin desearlo ni rechazarlo, en posesión de una legislación autonómica, con un autogobierno y –sin ánimo de ofender a nadie– con un morrocotudo y generalizado autodespiste.

No disponemos de una unidad étnica como los gallegos, ni de una lengua y una preparación económica y cultural como las de los catalanes, ni de muchas otras cosas buenas y malas que tienen las demás regiones y nacionalidades españolas.

Querer sacar de nuestro rústico folclore –que sí, que debe conservarse como una bonita reliquia– sustancia suficiente para cimentar una cultura propia sería ridículo, y sería también ridículo y triste aceptar desde el principio que siempre hemos de ir a la zaga de las restantes autonomías.

Por si todos estos problemas fueran pocos, estamos abocados, además, a compartir la aventura general de toda España, de un rápido acoplamiento a una nueva situación que originará nuestro ingreso en la CEE, en la que algunos de los factores más controvertidos afectarán frontalmente a las estructuras agrícolas manchegas.

Creo que no es ni caprichoso ni exagerado decir que nuestra región de Castilla-La Mancha está en una encrucijada vital y que el futuro próximo y –casi me atrevería a decir– remoto, dependerá de las resoluciones que ahora se tomen: del camino que hoy elijamos.

Se puede, por supuesto, dejar sueltas las riendas de Rocinante, como hacía Don Quijote cuando to-

paba con un cruce de caminos, para que, caprichosamente, la bestia eligiera su querencia. Y nadie podría negar que sería una solución muy a la manchega. Aunque también habría que aclarar que, para marchar a la «buena de Dios» sobran Autonomías, Gobiernos Regionales, gastos y demás zarandajas.

Cabría también –y eso es lo que yo modestamente me atrevería a proponer– el hacer un inventario serio y objetivo de lo que tenemos, una toma de coordenadas, para saber quiénes somos y en dónde estamos y obrar en consecuencia.

En primer lugar hacer un inventario humano, el más importante y el más difícil de valorar, por sus especialísimas cualidades y circunstancias.

Un estudio solvente y profesional, no a vuela pluma como ahora esbozo a manera de borrador, sin prescindir de tres características de los habitantes de Castilla-La Mancha: Eterogeneidad étnica, aunque con un cierto barniz común de naturalidad y socarronería sanchopancesca, no exenta de sabiduría; aunque poco ilustrada. Valores personales de tenacidad muy individual y personalista. Hay mucho manchego desarrollándose y luchando bien, por toda España y también por el ancho mundo: pero siempre en solitario.

Otra cualidad tremendamente negativa que resulta ingenuo desconocer: somos terriblemente insolidarios y envidiosos, no sé si una cosa debida a la otra o la otra por esa.

Llegar a poner a los manchegos de acuerdo en algo, y que respeten la autoridad de alguien de los suyos, no de los de fuera; que aceptan con excesiva mansedumbre y humildad, es una hipótesis poco menos que irrealizable.

Al referirme a la autoridad, no a poder político o administrativo, quiero indicar aquella propiedad carismática que puedan tener unas personas para que sus orientaciones tengan el peso y la fiabilidad capaces de arrastrar voluntariamente en su seguimiento a todo un colectivo social.

Hoy hemos de reconocer que no hay personas con la preparación suficiente como para ponerse al frente de este pueblo y llevarlo a lo que deseamos que sea en el siglo XXI.

Cervantes que sabía bastante de manchegos sitúa a su Don Quijote en un entorno reducidísimo socialmente: su familia, el cura, el bachiller y el barbero. Y sus aventuras están exentas de toda consecuencia popular.

Humanamente, materia prima hay, pero muy mal amasada.

Haría falta una gran imaginación para planear, a medio plazo, una movilización general que ilusionaría colectivamente a los habitantes de Castilla-La Mancha preparándolos profesionalmente para que pudieran encarrilar por caminos de futuro a las gentes de estas tierras.

De nuestra geografía, y de su inventario soy menos pesimista. Tenemos buenos suelos, muy aptos para ser trabajados mecánicamente y en los que se pueden replantar las producciones agrícolas e industriales que más convengan a nuestra situación comunitaria.

Creo que es muy positivo el que coincidan los dos puntos siguientes: El de autogobernarnos y el de la entrada en el Mercado Común, que exigen tomar unas decisiones que se complementen perfectamente.

Nuestra orfandad Científico - técnica - cultural puede –si somos capaces– obligarnos a tomar las decisiones que debemos tomar. Las más progresistas y más audaces. Ya que hay que partir prácticamente de cero, no corremos el peligro de seguir marchando por inercia; pero sí el de no arrancar.

Con estos factores en nuestro encuentro con el futuro disponemos de cartas buenas, y malas que hay que saber jugar. Nada está perdido ni ganado.

Una cosa es previamente necesaria si queremos dejar un resquicio a la esperanza: juguemos con la ilusión de triunfar. Sin esa ilusión todo estaría perdido antes de empezar. ■

Miguel FISAC